



Un libro recoge las mejores crónicas del periodista Felipe Fernández Armesto en la Segunda Guerra Mundial

Augusto Assía, bajo las bombas en Londres

SERGI DORIA
BARCELONA

El yunque recibe los golpes del martillo cuando el hierro está al rojo vivo. Así estaba Londres en septiembre de 1940. Después de la victoriosa Blitzkrieg en el continente europeo, la aviación alemana desparramaba una tormenta de fuego sobre la capital del Big Ben. En la habitación de un hotel, Augusto Assía baja las cortinas, se pone un casco y redacta su crónica para «La Vanguardia»: «El humo, el fragor, los aterradores ecos de la noche estaban todavía suspendidos sobre Londres, cuando en pleno día y a la hora en que los obreros y empleados se dirigen al trabajo, cuatro aviones lograron penetrar hasta el centro de la ciudad, repitiéndose la sinfonía de las bombas y las ametralladoras... Frente al terror, la flema británica». «El tráfico –prosigue el cronista– continúa corriendo por Londres y ni siquiera durante las horas en que el ataque era más intenso ayer noche se paralizó totalmente. Los periódicos me esperaban a la puerta esta mañana como siempre y mis

zapatos habían sido como siempre lustrados. El desayuno en el hotel sigue siendo el ordinario desayuno inglés, con un huevo en vez de dos...»

Felipe Fernández Armesto (1906-2002) se enorgullece de ser «un gallego fascinado por Inglaterra». Nacido en el pueblo orensano de La Mezquita, con solo 18 años empezó a publicar artículos en «El Pueblo Gallego» de

Vigo, mientras estudiaba Filosofía y Letras en Santiago. Licenciado en 1927, amplió estudios en la Universidad Humboldt de Berlín: fue desde allí, en 1929, cuando fichó por «La Vanguardia». Testimonio crítico del ascenso del partido nazi, adoptó el seudónimo de Augusto Assía que algunas fuentes atribuyen a un personaje de Tólstoi y otras a un acompañante italiano de



Felipe Fernández Armesto

Bajo el seudónimo de Augusto Assía, diseccionó la sociedad inglesa bajo las bombas, con una visión favorable a los aliados

Marco Polo. Expulsado por el gobierno de Hitler en 1933, Assía vio claro que los totalitarismos ahogarían a una Europa en la que las democracias parlamentarias cotizaban a la baja. Destinado a Londres, el corresponsal dejará atrás veleidades comunistas para empaparse de liberalismo británico. En 1939 retorna a Londres, donde permanece toda la Segunda Guerra Mundial.

Al acabar la contienda, Assía dio a la imprenta «Cuando yunque, yunque. Cuando martillo, martillo» recopilación de las mejores crónicas de entre el millón de palabras que –según explica en el prólogo a la primera edición de 1946– «volcó noche tras noche» sobre «La Vanguardia». El criterio de selección: «Alternar los temas de la guerra con los civiles, la resistencia con la lucha, la vida y la muerte...» Un retablo que va más allá de la guerra para radiografiar la capacidad de resistencia de esa Inglaterra que permaneció en pie cuando toda Europa se derrumbaba ante la ofensiva alemana. Aparecen Dunkerke, Churchill, Montgomery y Rommel, pero también la universidad, las reformas laborales...

El corresponsal de ABC, recluido en un campo

Luis Calvo, periodista y director de ABC entre 1953 y 1962, estaba en 1942 destinado en Londres como corresponsal de esta Casa, y fue llamado a Madrid por Ramón Serrano Suñer, ministro de Asuntos Exteriores en ese momento, para reclutarlo como espía para los alemanes. Calvo se negó, pero a pesar de todo unos agentes nazis le dieron unos polvos para fabricar una tinta



invisible con la que transmitir sus informes. El periodista tiró los polvos en un retrete del Hotel Ritz, y regresó a Londres. Cuál sería su sorpresa al ver que allí le esperaban, en el mismo aeropuerto, agentes británicos para proceder a su detención. «Lo sabemos todo», le dijeron. Tras aquello, se pasó el resto de la guerra en un campo de concentración.

Amenaza

En los primeros compases de la guerra, cuando en España imperaba la germanofilia, el anglófilo Assía sacó de quicio a Serrano Suñer. Según Ignacio Peyró, autor del «Diccionario sentimental de la cultura inglesa», Serrano llegó a «amenazar con despojarle de la nacionalidad española...» El hijo de Assía –el historiador Felipe Fernández-Armesto– confirma que su padre colaboraba con los servicios de espionaje británicos, lo que explicaría la inquina del cuñado. «Verdadero o falso, no sería el primer periodista que duplica sus funciones» –añade Peyró: «Poco antes del Desembarco de Normandía, una de las crónicas telegráficas de Assía ya expande el engaño de

El fuego desatado por
el bombardeo del 7 de
septiembre de 1940



ABC

una supuesta toma de tierra aliada en Francia y el sur de Bélgica».

Al fin la Historia dio la razón al periodista: el yunque aliado pasó a ser martillo del nazi-fascismo. Su artículo de 13 de febrero de 1943 -«La libertad de crítica»- es un canto al librepensamiento: «Mi responsabilidad como único corresponsal español en Inglaterra me obliga a insistir sobre ello. No hay manera no ya de apreciar, sino de comprender lo que ocurre en este país si uno no se ha percatado antes del siguiente hecho fundamental: que la célula preponderante -la célula macho- de la civilización británica es el individuo, y que a su vez el individuo es el portador y exponente de la esencia de dicha civilización, consistente en la libertad de conciencia y de crítica».

El centenar de crónicas de «Cuando yunque, yunque. Cuando martillo, martillo» -que ha rescatado Libros del Asteroide- explican por qué los ingleses no bajaron los brazos en los peores momentos de la Segunda Guerra Mundial. La tradición, el humor y la educación cuajaron un carácter invencible.

La guerra -escribe Assia en diciembre del 42- «puede cambiar muchas cosas entre los ingleses. Puede obligarles a pelear y morir. Hacerles más pobres. Someterles a privaciones. Derruir sus viviendas y sus monumentos. Separar a los hijos de los padres y al esposo de la esposa... Lo que no puede es desarraizarlos de sus hábitos centenarios... Nada más fácil para una bomba que destruir la vivienda de un inglés. ¿Pero qué explosivo habrá capaz de destruir su deseo de regresar, después del trabajo, al "home" donde aguardan unas zapatillas, un sillón de cuero, un estante con libros de aventuras y fuego, en el invierno, o flores en el verano?»